

SIMONE, Raffaele. *La Tercera Fase. Formas de saber que estamos perdiendo*. Madrid: Taurus, 2001, 165 p. (Colección Pensamiento) ISBN 84-306-0417-0

**Reseña elaborada por:  
JESÚS CARLOS JAIMES BAUTISTA**

**H**oy, en los albores del nuevo milenio, los hombres y mujeres del mundo entero nos vemos arrastrados por el vertiginoso avance tecnológico de los medios masivos de comunicación, avance tecnológico que ha dado contundentes pruebas tanto de la eficacia como de la eficiencia de dichos medios en la rápida transmisión de la información. Sin embargo, no queda del todo claro si esto debe ser visto como motivo de orgullo y regocijo o bien de depresión y tristeza. Para resolver tan urgente enigma, defensores y detractores han tomado posiciones en las trincheras de distintos campos de conocimiento. Por un lado están los afanosos apologistas que no se cansan de pregonar las múltiples ventajas, dicen, de la revolución informática. Por el otro aparecen furibundos críticos que se empeñan por ensombrecer el futuro augurando virtualmente el fin del mundo. Entre ambos bandos, al fragor de la batalla, surge uno que otro intelectual que procura guardar la más ecuánime de las posturas posibles. Tal es el caso, por ejemplo, del lingüista italiano, Raffaele Simone. Producto de dicha ecuanimidad es su libro, *La Tercera Fase. Formas de saber que estamos perdiendo*. La trinchera

desde la que combate al fuego cruzado de tan encarnizados contendientes se encuentra en el campo de la historia sobre los modos en que se forman y transmiten el conocimiento y la información humana.

La columna vertebral que recorre el libro de Simone es la idea según la cual la historia del conocer de nuestra especie puede dividirse en tres grandes fases. Cada una de ellas está determinada por el modo en el que se forman y transmiten los conocimientos. La primera fase es aquella que se corresponde con la invención de la escritura, la cual nos permitió disponer de los primeros soportes estables y materiales de la información. La segunda fase es el resultado de la invención de la imprenta, que al abaratar los costos de producción de los libros contribuyó a la difusión de los conocimientos. Estas dos fases tienen en común el haber hecho de la palabra escrita la fuente primaria de la información, su emblema de conocimiento. La tercera fase, en cambio, erige a la imagen como principal fuente de información. A esta división, sin embargo, habría que añadir una fase aún más primitiva que incluso podría ser considerada como fase cero, aquella que se corresponde con la invención del lenguaje hablado. El lingüista italiano, pese a dedicarle algunas páginas al fenómeno, le niega el rango de fase al periodo en el que la transmisión de la información sólo se llevaba a cabo por este medio por carecer de soporte material. Esto hace que la transición de una a otra fase no sólo se base en las transformaciones técnicas que se dan en los instrumentos mediante los cuales se transmite la información (manuscritos y libros en las fases primera y segunda, y radio, televisión, Internet y, en general, los medios masivos de comunicación electrónica en la tercera), sino también en las transformaciones mentales que se llevan a cabo en nuestras formas de conocer (oral, escrita y leída en las dos primeras, y visual o audiovisual en la última). Cada nueva forma de conocer activa y desactiva formas específicas del funcionamiento de la inteligencia, las cuales se ponen a su vez de manifiesto en nuestro modo de pensar. En las fases primera y segunda se desarrolla un pensar analítico, estructural y referencial que es posible expresar con palabras ordenándolas en determinadas proposiciones lógicas; en la tercera fase, en cambio, el modo de pensar que se estimula es genérico, desestructurado y vago, o sea, no proposicional.

Ahora bien, lo que preserva la ecuanimidad del autor es el balance final que hace del momento en el que nos hallamos, la transición de la Segunda a la Tercera Fase. Y es que, no obstante haber perdido ya algunas formas de conocimiento, “hay muchas cosas (en la actividad de conocer) que antes eran verdaderamente inimaginables y que ahora se han hecho de improviso fáciles y naturales”. Ciertamente si el criterio para alegrarse o entristecerse ante el avance de la revolución multimedia se supedita exclusivamente a la exitosa difusión o no de la información y el conocimiento, entonces no tiene caso criticar el avance de la revolución multimedia (a fin de cuentas, en todas y cada una de las fases la información y el conocimiento indispensable para la vida humana se difunden de manera satisfactoria). Así pues, las formas de conocer ganadas o perdidas son, en sí mismas un falso problema.

El problema al que nos enfrentamos está más allá de la difusión y transmisión de la información y el conocimiento, se vincula no tanto con las formas de conocer sino más bien con las formas de pensamiento que de ellas se derivan. Las formas de adquisición del conocimiento audiovisuales, efectivamente, son más amigables (en el sentido de que exigen un menor esfuerzo de quien recurre a ellas) en comparación con aquellas que se basan en la palabra escrita. Pero precisamente esa mayor amigabilidad representa al mismo tiempo un mayor peligro: la atrofia intelectual del pensamiento proposicional en los individuos. Se podría objetar que teniendo acceso a un gran cúmulo la información como nunca antes, gracias al desarrollo de los confortables medios audiovisuales, no tenemos ninguna necesidad de ejercer el pensamiento abstracto. Pues bien, habrá que responder que no hace falta recurrir a tan trabajoso asunto para vivir tal y como hoy en día lo venimos haciendo bajo el sino de la sinrazón y la alienación humana.

Más para acceder a un vivir plenamente humano hace falta conocerse uno mismo, y para ello a su vez es menester renunciar al cómodo y pasivo papel de mero receptor de la información, hace falta atreverse a pensar por cuenta propia. De ahí que *La Tercera Fase* sea una obra de obligada lectura no sólo por el interesante análisis que hace de la historia del conocer humano a lo largo de sus páginas, sino también por ser un libro que invita a la reflexión acerca del impacto que tiene la revolución informática en el descubrimiento de nosotros mismos, así como en la creación de nuevos caminos para poder construir un mundo de humana convivencia.

